

promesas inmediatas, y ver exactamente en qué consisten, para llegar a la figura final del irredento. Los críticos, en cambio, se fijaban, tanto en una como en otra, en la decepción, en la figura del decepcionado, seguramente porque les era más familiar. Pero en realidad la figura que a mí me interesaba era la del irredento. En mi generación la figura del irredento está hoy casi en su totalidad militando en partidos políticos, en Iniciativa per Catalunya, en el PP o en Izquierda Unida.

–J. G.: *Antes distinguías dos modelos de novela. Literariamente, la novela nace como entretenimiento y sólo después aspira a ocupar el lugar de la poesía, el de la perfección de la prosa, equivalente a la poesía: Flaubert, Henry James, Joyce. En su origen, su ambición es entretener sabiendo que no es más que un género ínfimo, plebeyo.*

–F. A.: Nace como entretenimiento, sí, pero como entretenimiento frente al entretenimiento popular, que es el de las novelas de caballerías y los libros religiosos. Nace como un entretenimiento superior, intelectualmente superior, y nace en el Renacimiento pero se desarrolla sobre todo en el barroco, que significa la aparición del individuo en tanto que sujeto, con responsabilidad moral íntima y no colectiva. Cervantes, Swift o Sterne inventan un entretenimiento de orden superior para las burguesías incipientes. Cuando Dickens quiere entretener sabe perfectamente que está entreteniendo muy por encima de lo que eran los entretenimientos verdaderamente populares de la época.

–J. G.: *Es la lógica de la novela como género esencialmente burgués, pero hoy parece que la novela de rigor y exigencia literaria vuelva a quedar reducida a territorios minoritarios, aristocratizantes o elitistas.*

–F. A.: La sociedad en la que vivimos ha creado una aristocracia invisible, frente a una gigantesca masa de seres reducidos casi a la animalidad. Y lo digo en el buen sentido de la palabra: al igual que en el medievo se consideraba que la gran masa era (Hegel lo decía) el estiércol sobre el que crecen nuestros alimentos. La aristocracia actual está completamente al margen de la ley, como todas las aristocracias. La justicia sólo es rigurosa con la plebe, o sea con nosotros.

–J. G.: *A propósito de Rimbaud en Lecturas compulsivas describes la progresiva escisión de una poesía de laboratorio y una poesía de experiencia moral, civil. Me pregunto si en esa misma lógica inscribes tu aná-*

*lisis en torno a la novela como entretenimiento y como construcción literaria, como si hubiesen de acabar siendo incompatibles.*

–F. A.: Pueden coincidir, pero es casual, y cada vez será más difícil que suceda, precisamente porque a la mínima dificultad que plantee un texto se va a encontrar expulsado de las librerías en el plazo de un mes. Ninguna librería aguanta un libro más de ese plazo. Y las editoriales guillotinan el sobrante al cabo de un año.

–J. G.: *Pero subsiste un lector minoritario y una obra que no va a vender más que unos pocos miles de ejemplares, si los vende.*

–F. A.: No, no creo que sea tan importante el número de ventas cuanto el peso social que eso tiene. No es tan importante que los poetas vendan o no vendan: siempre han vendido más los novelistas. Lo decisivo es el reconocimiento social de una jerarquía literaria. Ahora eso no está tan claro, excepto para los premios y demás espectáculos políticos. Los poetas sólo son importantes para los políticos y para los departamentos universitarios. Desde luego, en la crítica de los diarios los poetas casi han desaparecido. Incluso hay críticos que ellos mismos se consideran eximidos de esa responsabilidad. En la educación básica ni se les menciona. En un instituto de Barcelona, de clase alta, este año tienen como lectura obligatoria de literatura española *El perfume* de Patrick Süsskind.

–J. G.: *¿De literatura española?*

–F. A.: Después del Día del Libro, el 23 de abril pasado, *La Vanguardia* publicó la lista de los libros más vendidos en 1989 y diez años después. Basta compararlas para comprobar lo que estamos comentando: hace diez años fueron Mendoza, García Márquez, Quim Monzó, Tom Wolfe, Muñoz Molina o Javier Marías; este año han sido María de la Pau Janer, Isabel Allende, Maruja Torres, Isabel-Clara Simó, Andreu Buenafuente, David Trueba y Xavier Grasset. Se venden más libros pero hay menos lectores rigurosos. Y poetas, ni uno.

–J. G.: *Pero es innegable que es más numerosa la gente con posibilidad de acceder a la educación universitaria, y son más los que pueden acceder a un doctorado, cuyo nivel quizá esté asimilándose a lo que antes eran los últimos cursos de la licenciatura.*

–F. A.: Cuando yo iba a la universidad y hablaba con gente sin acceso a la universidad, veía una diferencia muy grande entre quienes tenían acceso a las herramientas del poder y los otros, proletarios, labriegos, que no tenían acceso a esos instrumentos pero, en cambio, poseían un mundo propio. No podían acceder a los mecanismos del poder pero tenían su propia visión del mundo, su tradición, la tradición rural sin contaminación. Su calendario laboral era estacional, la religión regía todavía un tipo de convivencia ritualizada, aún no existía la televisión, la radio sólo la usaban los ricos, no leían, nadie leía periódicos fuera de la ciudad. Todo eso ha desaparecido porque hoy predomina una información masiva. Ahora no tienen ninguna cultura, ni siquiera la suya propia, lo que ha acabado provocando una incapacidad para ordenar y jerarquizar esa información. El resultado es una monstruosa confusión de nombres: un premio Nobel alemán mezclado con el de un futbolista holandés, los títulos de libros anunciados por televisión mezclados con los clásicos. Los ministerios socialistas y luego los populares han destruido sistemáticamente el orden de coordenadas que permitía hacer operativa esa información, dar, por lo menos, un entramado básico en la enseñanza preuniversitaria.

–J. G.: *No recuerdo que hayas abordado en algún ensayo, y de modo directo, estos asuntos pero, en todo caso, ¿te sientes más cómodo como escritor en ese género que en la novela, vista la confesada naturaleza inalcanzable de la poesía?*

–F. A.: Escribo ensayo cuando no escribo novela, aparte de lo que debo escribir para mi propio trabajo universitario. En el ensayo intento lo mismo que en la novela, construir un lenguaje claro e inteligible, hablar de todas las cosas sin miedo al ridículo y sin utilizar jergas técnicas de protección.

–J. G.: *¿Rechazas alguna forma específica de estilo en el ensayo?*

–F. A.: No, desde luego, aunque me molestan los ensayos «a la francesa», pero no porque sean «literarios». Benet y Ferlosio practican la literatura en el ensayo, es decir, son tan literarios que sus ensayos son incluso literariamente superiores a algunas de sus novelas. Yo escribo ensayos como si fueran novelas.

–J. G.: *La ironía, que es uno de tus recursos más usuales, puede inducir cierta nebulosa, o lecturas equívocas en muchos lectores.*

–F. A.: Es curioso, porque mientras la claridad hoy en día nadie la alaba, la ironía es siempre muy agradecida, se elogia enseguida. Es verdad que los filósofos son los únicos que siguen creyendo en Dios, pero precisamente porque no creo en absolutamente nada, no tengo más remedio que usar la ironía cuando quiero expresar una cierta esperanza o una cierta ilusión. Es una cuestión de pudor. Ahora bien, si algún día concibiera una esperanza o una ilusión compartible, abandonaría la ironía y escribiría «en serio». George Steiner, por ejemplo, que es muy popular, no es irónico e incluso en ocasiones puede llegar a parecer ingenuo de pura esperanza. Un hombre tan inteligente, un hombre tan agudo, lo reconoce.

–J. G.: *Porque también cree.*

–F. A.: Claro, exactamente, porque cree que se puede leer a Shakespeare, que no hay que leer ensayos sobre Shakespeare y hay que ir directamente a los textos de Shakespeare. Uno está tentado de decirle: pero, ¿dónde están esos textos, si no están en los ensayos? Steiner, como algunos ecologistas, cree que todavía hay «naturaleza».

–J. G.: *Es nostalgia de una verdad firme y absoluta, la convicción de que en algún lugar espera ser averiguada.*

–F. A.: Y además la presenta como si sólo hubiera una lectura verdadera, una sola verdad y una lectura buena, y como si fuera tan simple eso de leer a Shakespeare. Un texto no es una puesta de sol.

–J. G.: *¿Qué lugar ocupa hoy un género tan indefinido y múltiple como el ensayo, frente a la relativa estabilidad teórica de lo que son un cuento, un poema o una novela?*

–F. A.: En términos sociológicos el ensayo tiene un área en expansión precisamente porque las circunstancias lo hacen cada vez más apetecible. El ensayo cubre las deficiencias de la enseñanza y es un género cada vez más demandado. Sobre todo por los padres con hijos jóvenes.

–J. G.: *Y obliga seguramente a esfuerzos de seducción particulares. Lo anotaba hace poco Savater mientras le recriminaba a Sánchez Ferlosio su forma de escribir y su indiferencia por el lector.*

–F. A.: Cada vez que empiezo un artículo de Rafael pienso: «¡Pero, bueno, Rafael! Otra vez te pones el parche de pirata, los coturnos, el casco,